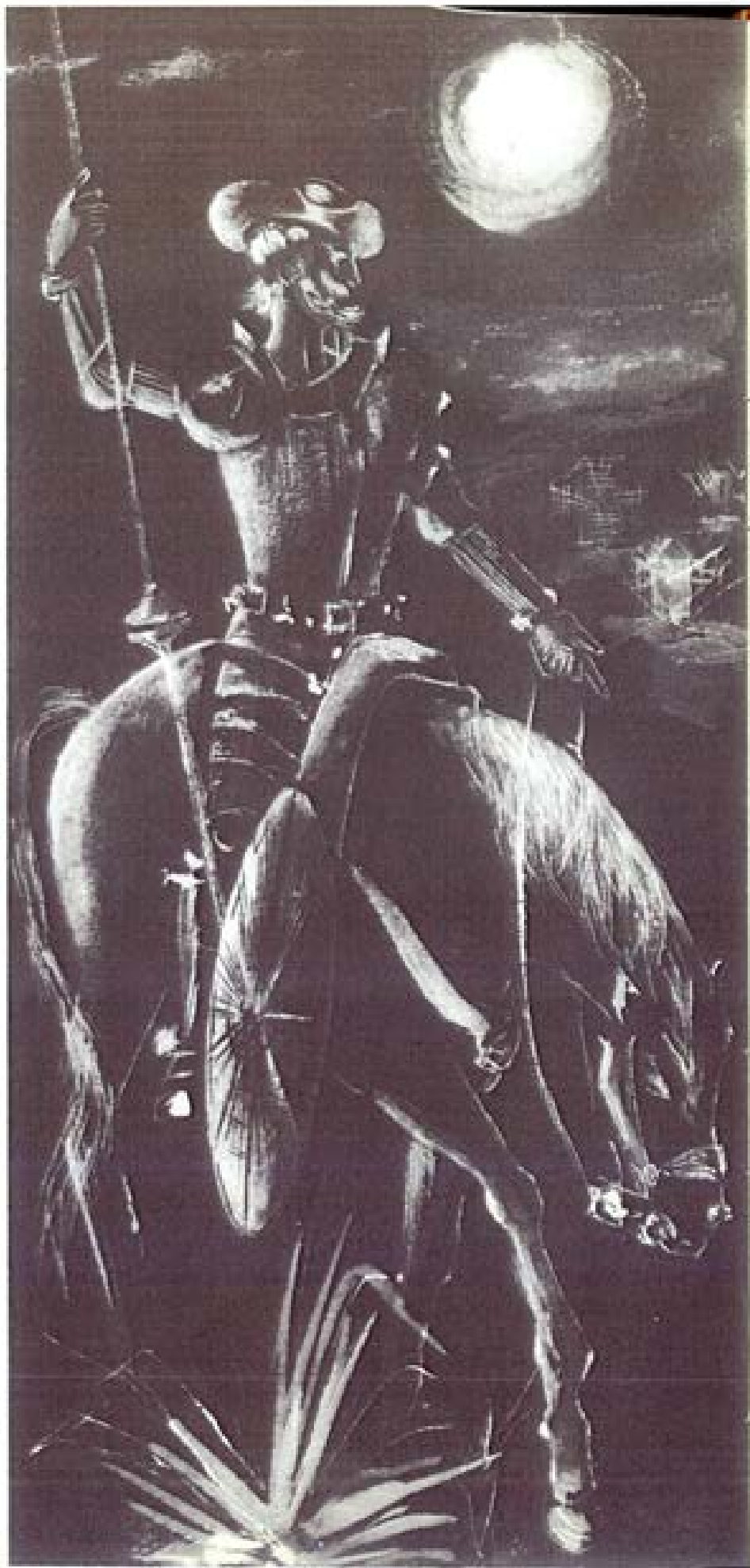


2

«La clase de redacción era una clase más de ortografía. Por lo menos el profesor daba más importancia a los faltos que a la redacción. El profesor nos decía que las cosas tenían que ser así, que de nada valía ser un buen escritor si no se sabía manejar la v y la b, la g y la j, como manda la Real Academia. También nos decía el profesor que a los examinadores les importan muy poco los párrafos bonitos, que lo que verdaderamente les importa es que pongamos los acentos en su sitio».





creación Literaria

Estas palabras son de un alumno aventajado, poeta él y con una pésima ortografía él, lo cual amargaba no poco sus primeros tentos literarios en la época escolar. Pero el caso es que para los que le han sucedido en la misma línea las cosas no han cambiado casi nada.

El ejercicio de redacción era ni más ni menos que eso, un ejercicio, uno de esos «importantes deberes» que se llevan a casa como complemento de la jornada escolar.

No cabe duda de que como ejercicio rinde sus frutos; el alumno se acostumbra al vocabulario, al uso correcto de la sintaxis, a no repetir las faltas y a observar el objeto que se le manda describir. Escríbalo estaría justificado, y aunque el niño no salga novelista ni guionista ni poeta, el ejercicio de redacción hará de él un ciudadano ortográficamente bien educado.

Asegurados esos puntos clave, la redacción empieza a tener una cierta importancia por sí misma. Sin embargo, una vez más, la sensibilidad o la falta de sensibilidad del maestro juega en ello un papel importante.

Recuerdo haber oído alabar en clase una redacción singular. El tema era la casa. El trabajo de aquel alumno se reducía a una especie de inventario, como los que se están a la hora de hacer un testamento o de poner la casa a subasta: tantas sillas, tantos armarios, una cocina, tres ventanas... y una serie de datos asombrosamente precisos sobre los metros cuadrados del terreno de edificación y casi la aplicación perfecta de la fórmula del volumen para dar exactamente con el de la casa (datos facilitados por el cabeza de familia, aparejador).

Esa redacción, a juicio del maestro, estaba muy bien, precisamente por la exactitud del trabajo.

En cambio aquel maestro no fue capaz de apreciar la siguiente redacción: «Mi casa tiene un jardín delante, con muchos pájaros que vienen a comer miguitas de pan en el aljubo y por la mañana viene la lechera y deja un cacharro detrás de la puerta lleno de leche y luego yo la «desalluno» y a veces la leche se sale sobre la cocina y «gúelo» todo a quemado y a mí me gusta luego despegar la leche quemada con un cuchillo y sacarla en tiras...»

La observación viva de esta casa, donde las paredes y las medidas no importan, pero donde se oyen ruidos y hay olores y pájaros, resulta notablemente menos precisa que la anterior; en cambio refleja una «experiencia» de la casa mucho más personal y significativa.

No hay verdadero trabajo creador hasta que las cosas alcanzan en la redacción una auténtica forma de vida. De ahí que el trabajo del profesor debe centrarse, sobre todo, en la apertura de la sensibilidad, la imaginación y el espíritu de observación de sus alumnos, es decir, en potenciar una serie de facultades humanas, más que en obligarle a escribir sin faltas de ortografía o en hacerle escribir correctamente. Dostoiévski decía que la preocupación por la corrección era la primera señal de impotencia de un escritor. Todo eso irá viniendo y habrá sus clases o sus momentos particularmente dedicados al problema. Leyendo las poesías de Juan Ramón Jiménez, donde los sonidos g y j se escriben siempre con jota (virgen, marjen, jirael...) alguien dice que Juan Ramón se había vengado de los malos ratos que le dieron sus profesores al juzgar sus primeras composiciones por las faltas de ortografía y no por sus valores poéticos.

Tengamos además en cuenta que para la mayoría de los alumnos el ejercicio de redacción resulta más penoso, o menos grato, que el de dibujar o el de escuchar un disco en la clase de música. Por eso mismo, el ejercicio de redacción no debiera ser obstaculizado por una reglamentación gramatical y sintáctica demasiado estricta, sino estimulado en lo que tiene de creación; y esto debe ser alentado por medio de concursos, de comentarios en público a los mejores resultados, llevando de esta forma a los alumnos a la adquisición colectiva de un espíritu de observación y de una técnica literaria creadora.

Cuando se recorren a veces los temas de redacción que se les han impuesto a los alumnos, uno se encuentra con temas aparentemente sencillos pero difíciles en la práctica: la casa, el recreo, el colegio, el señor profesor... En cambio hay otros temas que pudieran parecer más complicados (el mar, el monte donde estuvimos de excursión, el tren...) que resultan mucho más sugestivos, bien porque el alumno tiene una vivencia particularmente fuerte en ellos, bien porque la imaginación tiene muchos más recursos para abordarlos libremente. Interesa, por tanto, facilitar los temas en relación con las aficiones o las vivencias o la fantasía de los alumnos. Téngase en cuenta que la televisión, el cine y las lecturas de clase les han creado un mundo extraordinariamente rico, de donde ellos pueden extraer con facilidad —incluso con el típico goce de la creatividad— sus personajes o sus aventuras.

Dentro de este campo de la creación literaria, indicaremos dos formas

particularmente eficaces para nuestra tarea, en las que el niño se puede mover con mayores garantías de libertad y de expansión creadora. Vamos a dejar a un lado la poesía, siempre más difícil para el común de la clase, y que marcaría un estudio aparte, y vamos a fijarnos en el diario y en el periodismo.

El diario.—Tendríamos que empezar por garantizarle al alumno que su diario sería absolutamente personal y que nadie iba a leerlo. El aceptará nuestra palabra con seriedad y, en el fondo, con cierta decepción, puesto que su diario estará siempre escrito para que alguien lo lea.

En el diario, los temas son libres: el diario recoge sus pequeñas verdades y sus grandes fantasías, el diario trae la realidad a imagen y semejanza de su autor y el lenguaje se despierta aquí con una deliciosa autonomía. El diario recoge sus primeros juicios de valor acerca de todas las cosas, no importa cuáles ni que sean demasiado intrascendentes; en todo caso, para quien está atento al despertar del niño, son un indicio de la personalidad que busca ya una manera de afirmarse.

Muchos de los grandes escritores han escrito sus novelas en forma autobiográfica o han publicado su diario de muchos años, conservando su forma de diario.

Aparte del interés psicológico de estos cuadernos íntimos, siempre tentadores para pedagogos y psicólogos, está el interés humano del hecho: un niño, o una niña, hace su primera tentativa de protagonizar conscientemente su propia historia, creándose o proyectándose conforme a las aptitudes de su sensibilidad, de su imaginación o de sus mismas limitaciones.

El periodismo.—Una actividad que se le presenta llena de posibilidades. El niño conoce superficialmente el mundo del periódico y la actividad del periodista, pero la experiencia enseña que el descubrimiento del oficio llega a entusiasmarla. Además, el periodismo suele ser cosa de equipo dentro del colegio, con lo cual la tarea encuentra apoyos suficientes para realizarse.

El periodismo escolar, trátese de hojas manuscritas o multiofedeas, o simplemente murales, tiene en primer lugar el estímulo del público: esas hojas van a circular o se van a exhibir dentro de la clase o en alguna de las paredes del edificio. Esta salida al público es siempre alentadora.

Además, como queda indicado, se trata de una labor de equipo: los niños trabajan juntos, cada cual en su sección, cada cual con su cometido bien determinado y el compromiso con el grupo —y también la competencia— estimulan este trabajo donde la realidad y el juego se dan estrechamente la mano.

